

LA NARIZ DE DON ARÍSTIDES

Fredric Brown

¿Verdaderamente, señor? ¿No ha oído usted nunca hablar del gran detective francés, Arístides Pettit? Parece imposible, señor, siendo usted también de la profesión. Pues únicamente estuvo entre nosotros durante un caso, pero ¡qué brillantez demostró! Aquí, en la ciudad de Río de Aires, nos sentimos orgullosos de haber estado asociados con él, aun en forma tan breve. Desde luego, ya le hablaré sobre él, pero vayamos primero al asunto que nos ocupa.

Pues sí, señor, su solicitud ha sido la mejor de entre todas las recibidas... ¿o debo decir de entre todas las que hemos recibido? ¿Cualquiera de las dos? Ah, eso es lo difícil de su idioma. Las conjugaciones de los verbos. Con sólo cambiar una letra cambia el sentido de la frase. Pero no importa. Su solicitud ha resultado la más satisfactoria, y sus referencias las mejores.

¡Oh, sí, señor, ya comprendo que usted habla nuestro lenguaje perfectamente! Usted lo ha demostrado ya perfectamente. Mi pobre inglés no es tan perfecto. Así, le pido que me perdone si lo empleo en la conversación. La práctica me será de mucha utilidad.

Y espero sinceramente que usted se quede a trabajar con nosotros. Sabemos apreciar la gran ventaja que representa para nosotros el poder estudiar los métodos empleados por los grandes detectives de otros países. No, no sea usted modesto, señor. En sus referencias hemos podido comprobar cómo atrapa usted a los ladrones de bancos en su país.

Quizá, ¿quién sabe?, podamos aprender de usted tanto como del señor Arístides Pettit. ¡Ah, aquél sí que era un hombre brillante! No quiero individualizar, desde luego, pues aún no estamos familiarizados con sus métodos pero... ¡los de don Arístides! Sólo hubiéramos deseado que se quedase algún tiempo más con nosotros.

¿Realmente no ha oído usted nunca hablar de él? ¿Ni siquiera ha visto una fotografía suya? Físicamente es pequeño, excepto en una cosa. Posee una magnífica nariz. Es una nariz que hace honor a su compatriota Cyrano de Bergerac. Por supuesto que sabrá usted quién fue Cyrano de Bergerac, ¿no?

Pero bueno, a pesar de que don Arístides tenía un cuerpo pequeño, su nariz era colosal. Ustedes los americanos tienen un dicho... una nariz para las noticias. Don Arístides tiene, podríamos decir, una nariz para los asesinatos. Sólo trabajó en un caso para nosotros, pero de éste soy yo testigo. Realmente, poseía olfato para el crimen. Y también un magnífico mostacho. Debo aclarar ese punto por razones que posteriormente serán más comprensibles.

El caso es... no puedo extenderme en todos los detalles, señor. Comprenderá usted en seguida que teníamos complicaciones internacionales. Internacionales, es decir, desde el momento en que la seguridad de mi país se veía afectada por las maquinaciones de otro país vecino al nuestro. ¡Un buen vecino, desde luego! Esas cosas ya dejan de ser un secreto para usted desde el momento que pasa a ser nuestro empleado. Sabemos que usted no es ningún espía ya que hemos investigado detenidamente toda su vida y la solicitud que usted rellenó ha sido una mera formalidad.

Pero por el momento es preferible que no cite el nombre de este país. Baste decir que se estaba formando un complot para fomentar la revolución en nuestro país. En ese caso no era un movimiento de las izquierdas. Más bien puede decirse que era de derechas y que estaba financiado por nuestros queridos vecinos, que esperaban con ello conseguir un territorio en litigio que linda con los dos.

- Don Arístides - le dije; hacía sólo una semana que lo conocía por aquel entonces, pero sabía ya que podía dirigirme a él como a un amigo -. Sé a ciencia cierta que usted encontrará lo que deseamos, lo que tanta falta nos hace, lo único que nos permitirá acabar con esa temible conspiración.

- ¡Voilà! - dijo, levantándose sobre la punta de sus pies. ¿He dicho ya que, además de ser bajo, era un hombre extraordinariamente dinámico? -. Téngalo por hecho, monsieur. Pero dígame qué es lo que ustedes desean encontrar. La nariz de don Arístides sabrá olfatearlo para ustedes.

E hizo una modesta reverencia.

- Se trata de una lista - le dije - con algunos cientos de nombres. Tenemos entendido - mejor dicho, lo sabemos con certeza - que está en manos de un espía que trabaja en los estudios de la gran compañía «Panamera Moving Picture» en esta misma ciudad.

- ¿Y la razón, monsieur, por la que los métodos usuales de la policía no resultan válidos? - preguntó.

Puede usted comprobar que su mente sutil ya había comprendido que existían dificultades.

Tuve que inclinarme ante él.

- Porque, don Arístides, los estudios cubren muchos acres de terreno, y comprenden muchos edificios. Se cree - mejor dicho, se sabe - que la lista está en un minúsculo microfilm de un tamaño de medio centímetro (un cuarto de pulgada en unidades inglesas, señor) cuadrado. Comprenderá usted, por tanto, la dificultad de hallarlo.

Sus ojos se iluminaron interesados. Brillaron fuertemente. Se reclinó en su silla, precisamente en la silla que usted ocupa en estos momentos, señor, y se atusó el mostacho pensativamente. Esperé lleno de respeto, suponiendo que querría hacerme algunas preguntas y sabiendo de antemano que éstas serían las adecuadas y que una vez contestadas sabría resolver el asunto a la perfección.

Su primera pregunta fue, desde luego:

- Monsieur, ¿están complicados en el caso de los grandes mandatarios, los propietarios, los ejecutivos?

- No lo están - le contesté -; el asunto no concierne en absoluto a los estudios como conjunto, ni tampoco a la administración del mismo. Éstos se hallan por encima de toda sospecha.

- Entonces - dijo -, usted sospecha ya de un culpable en particular. O de otro modo usted no sabría que éste trabaja en los estudios.

De nuevo sentí la necesidad imperiosa de inclinarme ante él, y realmente lo hice.

- En primer término debemos sospechar, realmente estamos seguros ya de ello, de la señora de Rodríguez, una tal doña Maria, una viuda, como espía. Es la maquilladora de los estudios.

- Très bien. En este caso será sencillo, una vez ya dirigidos a una sola persona nuestros esfuerzos, aunque esta persona conozca los estudios y pueda haber escondido el microfilm en cualquier parte.

- Si realmente es sencillo, don Arístides, la facilidad del caso ha pasado por alto a nuestros burdos cerebros. Podemos detenerla, desde luego, pero el cuerpo del delito es tan minúsculo, del tamaño de un confeti, que nunca llegaríamos a encontrarlo, a pesar de que su importancia es tremenda. Y también estamos convencidos de que la espía no hablará ni confesará.

- Entonces ella tendrá que dárnoslo por su propia voluntad. ¿Cuánto tiempo tenemos para ello?

- Tiene que estar en nuestras manos mañana mismo. Y sin embargo, la búsqueda de un objeto tan pequeño y de tan fácil disimulo puede llevarnos semanas. Tenga en cuenta, don Arístides, que un objeto tan diminuto como éste puede haber sido disimulado de mil formas. Puede haber sido pintado de blanco, entre montones de papel blanco. Puede ser una lentejuela entre mil de las que tendrá el vestuario. Puede haber sido disimulado bajo una graciosa peca. Puede estar en un frasco de crema para la cara. Puede parecer una pequeña escama de jabón entre miles de escamas. Puede...

Paré en mi disertación pues me pareció absurdo enumerar lo que era innumerable de por sí.

Don Arístides se levantó de nuevo sobre la punta de los pies y atusándose ese fantástico mostacho negro que posee comenzó a pasear por mi oficina. Aquí, señor, precisamente a lo largo de esta alfombra. Caminaba como un tigre en su jaula... aunque quizás dada su pequeña estatura sería mejor que dijera como una pantera menuda y flexible.

¡Ah, qué hombre, señor; qué magnífico cerebro poseía! ¡Qué detective!

En dos minutos, sólo dos minutos, resolvió el problema. Se detuvo en su rápido caminar y se golpeó la palma de la mano.

- Voila - dijo -. Monsieur, tengo un plan. ¿Conoce usted a esa tal señora de Rodríguez? ¿Querría darme una carta de presentación para ella?

- Desde luego - le contesté -. ¿Bajo qué nombre?

- El mío, monsieur Arístides Pettit. Explíquele quién soy y el asunto que estoy investigando. Solicítele su cooperación.

Y el brillo de sus ojos era tan intenso que no osé preguntarle nada, señor. Escribí la carta y se la entregué, añadiendo que dejaba el asunto enteramente en sus manos.

Esa escena se desarrollaba a las diez de la mañana, señor, y durante la hora siguiente a la siesta llamaron a mi puerta.

- ¡Entre! - grité -, y vi entrar en mi oficina a un hombre viejo, canoso ya y con las mejillas hundidas. Luego me fijé en su nariz.

- ¡Don Arístides! - no pude evitar exclamar -. ¿Qué ha hecho...? Desde luego, ya sé que es maquillaje, pero ¿y su hermoso mostacho? ¿Era absolutamente necesario sacrificar tan exuberante mostacho?

- No tiene importancia - dijo, y pude ver que sus ojos brillaban tan intensamente como siempre -. Volverá a crecer. Ha sido un pequeño sacrificio en aras a la consecución del éxito en el caso.

- ¿Del éxito? - No pude por menos de extrañarme -. ¿No irá a decirme, don Arístides, que ya tiene en su poder el microfilm?

- Las redes ya están echadas, monsieur - replicó -. Esta tarde, dentro de unos momentos, si todo va bien estará ya en nuestras manos. ¿Desea usted

acompañarme ahora en mi segundo viaje a los estudios, para participar un poco en mi triunfo?

Es inútil decir que yo deseaba con todas mis fuerzas, señor, el poder acompañarle. ¿Qué más cabía desear que poder ser testigo presencial de los métodos del gran Aristides Pettit?

Mientras nos dirigíamos hacia los estudios en mi coche, me comunicó:

- Esta mañana, monsieur, con la ayuda de su amable carta conseguí ponerme en contacto con la encantadora señora de Rodríguez. Sin lugar a dudas, ella es la culpable. A pesar de que no la acusé sino que, por el contrario, fingí pedir su ayuda en ese caso dando a entender con ello que la tenía por inocente, a pesar de ello digo, pude observar que temblaba ligeramente mientras le explicaba el objeto de nuestras pesquisas. Le hice creer que le hacía confidencias, contándole que me gustaría poder recorrer los estudios bajo algún disfraz para no ser conocido, y le pedí que fuera ella quien me disfrazase. En su camerino y con su mismo equipo, me afeitó el bigote y ella dio los demás toques.

- Un excelente disfraz - le dije.

- Pasable. Podría haberlo hecho mejor yo mismo, pero entraba dentro de mis planes que ella me viese tanto antes como después de la metamorfosis. Luego, simplemente, di un ligero vistazo por el local y volví aquí. Ahora, una vez estemos allí los dos, podrá usted mismo ver como salta el cepo que he dejado preparado.

- ¿Qué clase de cepo? - pregunté.

- Permítame solicitarle - replicó - que tenga usted un poco de paciencia y que observe el desarrollo natural de los acontecimientos que tendrán lugar dentro de poco. Durante mi conversación con ella, le ruego asimismo que siga la corriente y que asienta a todo lo que yo diga.

Acepté. Hubiera sido absurdo de mi parte lo contrario. Todo gran artista, en cualquier profesión, tiene derecho a usar sus propios métodos sin sufrir ninguna clase de interferencias.

Entramos en el camerino de la señora de Rodríguez y don Aristides, después de inclinarse con una reverencia versallesca, besó su mano.

- Siento comunicarle, señora mía, que el excelente trabajo que ha hecho usted esta mañana al disfrazarme no ha servido de nada. No he podido descubrir nada en absoluto - le dijo, después de los saludos de rigor.

- Lo siento de veras, señor Pettit - dijo ella -. Procuré hacerlo tan bien como supe.

- Mi querida señora - se excusó él amablemente -, no estoy acusándola a usted de mi fracaso. El disfraz era realmente inmejorable. Fui yo quien fallé. Por lo tanto se ha hecho imprescindible que registremos palmo a palmo el estudio. Ahora se dirigen hacia aquí unos cuantos policías y detectives; ellos se hará cargo del arduo trabajo de escudriñar todo, sin olvidar un rincón ni una persona. Debemos tener esperanzas en que eso tendrá éxito.

Creo poder asegurar que vi un ligero sobresalto en las facciones de la señora de Rodríguez, señor, pero yo mismo estaba tan sorprendido que no puedo asegurarlo con entera certeza, ya que ninguna clase de órdenes habían sido dadas para que se registrasen los estudios ni a unos cuantos policías, ni a ningún detective. Pero sin embargo corroboré lo dicho por don Aristides.

- Por lo tanto - continuó don Arístides -, debo pedirle otro favor, señora. Y es que sea tan amable de quitarme el disfraz que tan artísticamente ha sabido usted aplicarme y que vuelva a restituirme a mi antigua condición.

- Con mucho gusto, señor Pettit - le contestó la señora de Rodríguez -. En diez minutos estará hecho, si usted tiene la bondad de sentarse aquí como ha hecho esta mañana.

Mientras ella retiraba el maquillaje yo estuve paseando nervioso a lo largo de la habitación pensando en lo difícil, casi imposible, que iba a resultar el llevar a cabo un minucioso registro, aunque sólo se tratase de aquella gran habitación donde nos hallábamos, con sus largas hileras de trajes, con sus cientos de frascos y botellas, y con tanto cortinaje y tantos muebles. Y tratándose de un objeto tan diminuto, señor.

Pero yo sabía que no tendríamos necesidad de llevar a cabo dicho registro, pues mi fe en don Arístides era ciega. Mientras la señora de Rodríguez trabajaba en su cara, don Arístides me animó:

- No tema, monsieur - dijo -, pues vamos a encontrarlo. Yo, Arístides Pettit, dirigiré en persona el registro y a todos los que en él se ocupen. Y encontraré el objeto tanto si se encuentra escondido a una milla de aquí como si está bajo mis propias narices. Se lo prometo, y en ello pongo en juego mi reputación de detective.

Para seguirle la corriente me limité a contestar:

- Sí, don Arístides.

Y cuando la señora hubo dado por terminada su labor, se miró al espejo y se llevó las manos a la cabeza en un gesto de desagrado.

- Ay - dijo -, no me siento yo mismo. No puedo sentirme yo mismo sin mostacho. Y tardará semanas en volver a crecer. ¿Cuánto falta para que lleguen sus hombres, monsieur? ¿Media hora quizás?

Y cuando asentí, se volvió hacia la señora de Rodríguez y le dijo:

- Señora, es usted una gran artista del maquillaje. ¿Sería posible en ese tiempo, o en menos, restablecer sobre mi cara un mostacho como el que yo tenía antes? Usted me vio con él esta mañana y además puedo dejarle mi tarjeta de identidad con una fotografía para que pueda estudiarlo.

- Desde luego, señor - contestó la mujer -. Puedo hacerlo y con sumo placer.

Noté en el temblor de su voz que cada vez estaba más nerviosa.

De nuevo paseé por la habitación hasta pararme frente a la ventana para mirar el exterior. Cuando me volví, don Arístides se levantaba ya de su silla luciendo en su rostro el magnífico mostacho de siempre. Y por encima del hombro vi que me dirigía una sonrisa junto con un brillo de triunfo en sus ojos.

- ¿Desea usted el honor de efectuar el arresto por sí mismo, monsieur? - dijo.

- Perdóneme, don Arístides - contesté -. ¿Quiere usted decir que...?

- Por supuesto. Ahora debe usted arrestar a la señora de Rodríguez. El microfilm está a buen recaudo. Usted ya ha oído mi sugestión y estoy seguro de que ella la ha seguido.

La mujer se volvió e intentó escapar hacia la puerta, pero con una agilidad felina, don Arístides saltó agarrándola de un brazo. La capturó antes de que yo pudiera siquiera moverme, señor, y yo no soy torpe tampoco cuando se trata de correr. Ella gritó y se resistió, por lo que tuve que ayudarlo para retenerla.

Los gritos atrajeron a muchos actores, personal y directores del estudio. Y ante ellos exclamé:

- Señora de Rodríguez, queda usted arrestada en nombre del Estado, por alta traición.

Y no dije ya más. Me volví hacia don Arístides, ya que ahora le tocaba a él explicar, si este era su deseo, ante toda la asamblea de actores, ejecutores y directivos, cuál había sido su plan.

- El problema, monssieurs - dijo -, consistía en encontrar el microfilm sin necesidad de esperar todo el tiempo que un registro lleva. El cerebro de Arístides Pettit supo solventarlo.

»No fue en vano, monsieur - me explicó -, el sacrificio de mi mostacho. Ése fue el precio de la victoria. Primero, esta misma mañana, me aseguré en las sospechas que de la culpable teníamos, pidiéndole su ayuda, pretendiendo ser franco con ella y dejando que me disfrazara. - Encogió elocuentemente los hombros -. Ha resultado extremadamente sencillo, monsieur. Esta tarde, ante sus propios ojos y oídos, he llevado a cabo el resto. El cerebro de Arístides Pettit y la nariz de Arístides Pettit han cooperado para conseguir el éxito. Al principio, dejé que el pánico dominara al culpable (estoy seguro de que usted lo notó) explicándole que iba a llevarse a cabo un registro detallado. Y luego - usted pudo oírme, monsieur - le sugerí un lugar donde esconderlo. Sutilmente le indiqué el único lugar posible donde uno pensaría que nadie iba a registrar. Bajo la mismísima nariz del que iba a dirigir el registro.

»¿Qué puede haber más lógico que ella lo escondiera ahí, después de la inocente sugerencia que yo le había hecho y además con la perfecta oportunidad que yo le brindé pidiéndole que colocase bajo la mismísima nariz de Arístides Pettit un vistoso y llamativo mostacho?

Me sentí sobrecogido de admiración, señor.

- ¡Bravo, don Arístides! - dije, y con reverencia alargué la mano hacia su bigote -. ¿Me concede el gran honor de...?

Saltó hacia atrás con rapidez.

- No aquí, don Pedro, por favor. No ante tanto público. Ya he dicho que sin él me siento desnudo. Me lo quitaré en su oficina, y entonces podré emplear mis considerables conocimientos como artista en maquillaje para reponerlo de nuevo.

¿No fue eso maravilloso, señor? Aquí, en mi país, hemos aprendido mucho de Arístides Pettit. ¡Qué inteligencia! ¡Qué sutilidad e intrepidez! ¡Qué lección!

Se habrá dado usted cuenta, señor, de por qué estamos ahora nosotros particularmente interesados en aprender los métodos policíacos de otros países, incluido el suyo. Es más cierto que un norteamericano, tan calificado como usted, puede ser de un gran...

¿Cómo dice?

¡Oh, no! Siento decirlo, señor. Recuperamos el microfilm, pero no en el interior de su mostacho. Sin embargo, la culpa no fue de don Arístides; en absoluto. La matrona de la prisión lo encontró. Estaba adherido a una de las uñas del pie de la señora de Rodríguez, bajo una falsa uña que se había colocado sobre la propia.

Comprenderá pues, señor, que el fallo en los planes de Arístides Pettit no fue de ninguna manera culpa suya. El microfilm era inaccesible a la señora mientras trabajaba en el mostacho. No pudo, como es natural, quitarse un zapato y la media y poner en remojo la uña falsa que había sido colocada sobre la propia. Por lo tanto, nadie acusó a don Arístides por ello. Sus métodos fueron brillantes y sus deducciones sin tacha. Y, además, a consecuencia del

arresto se encontró el microfilm y fueron detenidos todos los complicados en el asunto.

¿Qué más puede pedirse? El resultado es lo que cuenta.

¿Desea usted saber por qué don Aristides ya no trabaja con nosotros?

Vive en esta misma ciudad, señor, y le prometo que usted lo conocerá. Pero los estudios de cine, que pueden permitirse ofrecer varias veces más lo que nosotros, los de la policía, incluso a un detective de auténtica talla, nos lo quitaron. Pensaban, y supongo que con acierto, que ellos podrían hacer mejor uso que nosotros de su gran genialidad. Ahora escribe y dirige películas con sueldos verdaderamente fabulosos.

Por lo tanto, señor, ya puede usted comprender qué ilustre predecesor ha tenido y cuánto se espera de usted. Y también, quizás, de las sorprendentes recompensas que el trabajo de un detective verdaderamente brillante puede ofrecer. ¿No es verdad?

FIN

Enviado por Paul Atreides